

CAPITULO VII.

DE LA IMPORTANTE ENTREVISTA QUE TUVIERON LA REINA Y EL CONDE DON LOPE.

I.

Dijimos en el final del capítulo segundo de este libro, que en la cámara de la reina había entrado secretamente don Lope Diaz de Haro. Nada tenia de extraño esta entrevista secreta con la reina; en primer lugar, doña María de Molina estaba tan cercada de traidores y de infames, que necesitaba harto de los buenos oficios de vasallos leales, y el conde se la había presentado tal y tan convertido, que olvidadas sus antiguas traiciones por la reina, por leal le tenia. Además de esto, por su casamiento con doña Juana de Molina, hermana de padre de la reina, era su cuñado.

Por otra parte, era suegro del infante don Juan, como que este estaba casado con doña María de Haro, hija del conde don Lope. Habia, pues, no solo antiguo y grave conocimiento entre el conde don Lope y la reina, sino tambien inmediato parentesco de afinidad. Y notorio era á todos, que si la reina, en el terri-

ble día de Alfaro, hubiera podido impedir la catástrofe del conde, la impidiera como la impidió respecto al infante don Juan.

## II.

El conde, en algunas entrevistas anteriores, había revelado á la reina de qué modo le habían salvado sus servidores, sacándole del alcázar de Alfaro. Lo que habían hecho para que á otro se tuviese por él y se le enterrase en su lugar, haciendo creer á todo el mundo en su muerte, y cómo Dios, por castigar tal vez su crimen, tal vez porque no se divulgase la existencia del conde, había matado de mala muerte á aquellos servidores. La reina había reconocido la providencia de Dios, creía que tal vez Dios había permitido lo aparente de la muerte del conde para convertirle y darle en él un servidor leal, y como el conde era muy experimentado y muy hombre de gobierno, la reina se aconsejaba con él en secreto.

Por esta razón había esperado aquella noche mas temprano que otras al conde don Lope, y había mandado á su servidumbre se retirase, para recibirle.

## III.

—Sentáos, don Lope, sentáos, dijo la reina al conde, después de haberla besado este la mano como en señal de homenaje; estais viejo y cansado, y además, añadió la reina sonriendo melancólicamente, las gentes del otro mundo no están obligadas á los respetos que las de este.

Don Lope se sentó.

—Estoy gravemente affigida, primo, dijo la reina con su voz dulce y pura. Mis trabajos aún no han cesado, estoy sufriendo al infante don Juan; el Papa me niega aún la dispensación

de mis parentescos con mi malogrado esposo y señor. Los infantes de la Cerda andan alentados, y todo se vencería si se pudiera fiar en la lealtad de los Laras y de los Haros; pero vuestro hijo me pide el Señorío de Vizcaya que os quitamos por vuestras rebeldías, que defendió vuestro hijo y que ganamos á todo nuestro poder.

—Dad el Señorío que os piden, contestó con voz opaca el conde don Lope.

—¡Dar, siempre dar! exclamó la reina: engrandecer y robustecer á los traidores para hacer incontrastable la traición; dividir vuestro reino en pequeños reinos, para que la traición insaciable acabe por absorberlo todo; sentenciar á nuestros buenos vasallos á las depredaciones, á la avaricia de esos buitres insaciables que nunca se hartan de oro y mando. Anularse, aniquilarse, ser rey en el nombre y no mas que en el nombre; ver que vuestros vasallos se vuelven ansiosos hácia nosotros pidiéndonos justicia, y no poder dársela; oír las murmuraciones y las maldiciones de los que, sintiendo el mal sin conocer la causa, nos hacen responsables de sus sufrimientos, y nos miran airados; ver que la patria se derrumba, que se nos atreve Francia, que se nos atreve Aragón, que se nos atreve Portugal á pesar del deudo que con nosotros tienen; ver que el infiel rey de Granada pacta traiciones con un hombre que todo nos lo debe y que contra nosotros se vuelve ébrio de ambición y de avaricia, que no quiere menos que dominarlo todo; ser rey sin corona y tener por esclavo al rey coronado.

—El infante don Enrique es viejo en la traición y puede decirse que la traición es su alimento, y que sin traiciones no podría vivir. Conspira perpétuamente, sabe que en los desdichados tiempos que alcanzamos, Dios, la patria, el honor y la lealtad son nombres vanos, que todo se compra y se vende, y que aquel tiene mas servidores sumisos que mejor los paga. Pues bien, señora, perseverancia y paciencia: ceded y siempre ceded, esquivad la lucha mientras no tengais fuerzas para vencer; pero trabajad en silencio, procurad un día en que debilitados los traidores por la guerra á muerte que se hacen los unos á los otros, pue-

da dárseles el golpe de gracia, y cobrar de una vez en ese golpe todas las infamias, todas las traiciones, todas las humillaciones que os hayan hecho sufrir; inutilizad á esos protervos, comprad vuestros servidores, empezad por comprarlos á ellos. Os piden los Haros el Señorío de Vizcaya, dádselo; os pide el infante don Juan Manuel señoríos en el reino de Murcia, dádselos también; vuestro jóven primo aún no os ha hecho traicion, evitad que os la haga dándole lo que quiere; dad á los Laras lo que os pidan.....

—Quieren no menos que el Señorío de los Cameros.

—Ténganlo.

—El infante don Enrique quiere el gobierno de nuestros reinos á título de su tutela sobre el rey, y nos amenaza con traiciones en la frontera de Andalucía.

—Llamadle y que gobierne.

—El infante don Juan quiere á título de tío la persona del rey.

—Ceded.

—Cederemos tanto..... que se nos verán los huesos.

—Esperad, no desmayeis en la fé de vuestro corazon; salvad el mayor peligro que os amenaza. Francia y Aragon vuelven por los infantes de La Cerda, el rey de Portugal pide como dote de su hija doña Constanza, la mitad de la Estremadura; el rey de Granada fija la vista de una parte en Tarifa, de otra en Alcaudete, en Martos, en Jaen; el emir de Marruecos amenaza el Andalucía; necesitais, pues, señora, comprar á vuestros enemigos interiores, para combatir con ellos á los exteriores. El rey de Aragon apercibe un ejército, para obligaros á que os caseis con su hermano el infante don Pedro.

—¡Oh! exclamó la reina, levantándose con energía: eso jamás; antes morir que faltar á la fé jurada al rey mi esposo y mi señor. Ha muerto por desgracia para sus reinos, para su hijo, para la desesperacion de su viuda; pero vive aquí, conde don Lope, vive en mi corazon. No me aconsejéis que ceda en este punto, porque no os tendré por convertido, ni por leal; no me digais como me decia el miserable infante don Enrique, aconsejándome este matrimonio, que tal y tal reina, tal y tal princesa

viudas, habian pasado á un segundo tálamo por el bien de sus hijos y de sus reinos. ¡Vergüenza é infamia! La mujer honesta, la mujer honrada, no conoce la vil intemperancia. Me causa horror, no tiene mas que un alma, la unió á la de su esposo, la confundió con ella, y el alma no muere, el alma es inmortal. El alma de mi marido vive, vive en la mia, yo no soy viuda mas que para el afán y para el trabajo. Por el amor soy casada, lo seré eternamente, porque cuando mi cuerpo se destruya, mi alma continuará viviendo en la eternidad unida á la de mi esposo. Si tal sucediera, que por la enemistad del rey de Aragon, del rey de Francia, hubiera de perder mi hijo su corona, hubiera de verme reducida á la esclavitud, á los mas acerbos sufrimientos, no buscaria el remedio en tal vileza. No, no, y mil veces no; yo tengo confianza en la Providencia de Dios. Él salvará á mi hijo, Él me salvará, sin que yo eche sobre mí tal mancilla.

—Sois un ángel de pureza, de fé, de confianza en la justicia y en la providencia de Dios, señora; y Dios que protege al fuerte en la fé y en la virtud, os protegerá: no os he interrumpido por respeto y por lo noble y por lo grande de vuestras palabras; pero nunca ha sido mi propósito aconsejaros mancilleis vuestra pureza, rompais vuestra fé jurada y os unais á ese presuntuoso y perjuro mancebo, á ese ambicioso infante de Aragon.

—¡Perjuro! exclamó con estrañeza la reina.

—Sí, traidor á un juramento prestado aún no há un mes á un vencedor en la Selva del Abrojo.

—¡Oh Dios mio! exclamó la reina; y ese vencedor era acaso.....

—Sí, la infanta de Granada, dijo el conde; la mujer fortalecida por Dios como fortaleció á Débora y á Judit.

—¡Oh, mi buena, mi noble amiga! ¿y cómo sucedió eso?

—El infante don Pedro, á lo que parece, habia pasado de incógnito á la Andalucía para tener vistas con el infante don Enrique el Senador. Súpolo el infante don Juan, así como el dia en que habia de venir á Valladolid don Pedro, tal vez por alguna imprudencia del infante don Juan Manuel, con quien don Enrique contaba para que favoreciese en la parte que le fuese posible las pretensiones del infante don Pedro, ó para que por lo menos

le mantuviese oculto en Valladolid y desconocido, contando acaso con que por hermoso y galan, cansada vos de la viudez, podría enamoraros.

Ardió una súbita llamarada de ira, de desprecio, de repugnancia, en los ojos y en el semblante de la reina; llamarada que se perdió instantáneamente, reemplazándola la tranquila y dulce espresion del semblante de la reina.

—Y como al infante don Juan, continuó don Lope, no le convenia este casamiento, porque veia claro que lo que se buscaba con él era el predominio de Aragon sobre Castilla, y como el infante don Juan es siempre el infame asesino de Tarifa, rompió por medio y encargó á un capitan de aventureros que le habia servido, saliese al camino al infante de Aragon y le matase. Pero mientras fué y vino el mensajero de tal órden, aconteció que habiéndose encontrado la infanta de Granada convertida ya en caballero del Aguila Roja, llevando solo cuatro escuderos con el capitan de aventuras, con quien contaba el infante don Juan, le acometió, le mató de un bote de lanza que le atravesó de parte á parte, y la gente brava del capitan muerto, asombrada de la pujanza del vencedor, le aclamó por su capitan, y con esto cambiaron de todo punto los sucesos. Supo la infanta mora lo que no hubiera sabido á no haber muerto el capitan de aventuras, y salió al camino al infante de Aragon, le combatió, le venció, le tomó preso, y no le dió la libertad sino obligándole á jurar solemnemente que desistiria de sus proyectos de casamiento con vos, y que se volveria á Aragon. Este juramento lo prestó el infante, estando presentes el infante don Juan Manuel y yo.

—Nada me ha dicho el infante don Juan Manuel: es verdad, ¿cómo habia de decirlo? Era necesario para elló que yo supiese que me habia deservido. ¡Oh! ¿qué podemos esperar de unos tiempos en que la traicion y la ambicion se albergan hasta en el alma de los niños! ¿Y dónde conoció don Juan Manuel á doña María? Mi buen primo ha andado muy enamorado de mi buena amiga.

—¡Ah! sí señora, la reconoció; y si ha guardado el secreto, ha sido por la ocasion en que la ha encontrado y la ha reconocido.

—Hubiéralos yo casado de buena gana, dijo doña María; pero ella ama á otro, no sé á quién, no me lo ha revelado, no la he preguntado yo, pero amaba, sufría.....

—Creo haber adivinado á quién ama, dijo don Lope.

—¿Y á quién, conde, á quién? dijo con suma viveza la reina, no por curiosidad, sino por interés hácia Zayda Fatima.

—Creo no engañarme, dijo el conde, si aseguro que ama á don Alfonso Perez de Guzman.

—¡Oh qué desdicha! exclamó la reina poniéndose pálida. ¡Qué desdicha para mis dos mas leales servidores! Porque si ella le ama, él la ama tambien; si ella ha combatido con su amor, y combate, él ha combatido con su amor, con toda su voluntad de héroe; la veia y palidecia, callaba, pero bajo su silencio se veia su amor, esquivaba la mirada de doña María; un dia me dijo:—«Señora, yo, mejor que en la córte, estoy en la frontera contra los moros.—¿Mi córte no es un ejército que cada dia y cada hora combate?—Sí, sí señora, me respondia; pero aquí hay enemigos mucho mas terribles que los moros de Granada.»—Yo creia que lo decia por los traidores, por los intrigantes; lo decia sin duda por mi amiga.

—¿Quién sabe si lo decia por mas alta causa!

—¡Qué! ¿qué decís! exclamó fiera y altiva la reina, pálida como un cadáver, alzándose con ímpetu de su sillón, centelleantes los ojos, trémula de los piés á la cabeza y asiendo con violencia el brazo sin mano del conde. ¡Qué habeis dicho! ¿qué habeis dicho, don Lope Diaz de Haro!

—Los muertos pueden decirlo todo, contestó con acento opaco el conde; á los reyes debe decirseles la verdad, y debe despertarse á los que sueñan.

—Hablad, exclamó la reina, cada vez mas terrible.

—Los traidores y los ambiciosos no se detienen ante nada; la calumnia os envuelve, noble reina doña María.

—¡La calumnia! ¡á mí! dicen, se atreven á decir: ¡oh Dios mio, Dios mio! Dadme fuerzas, dadme paciencia, dadme sufrimiento bastante para tanta infamia. ¡Miserables! ¡oh mil veces miserables! ¡y no poder cogerlos á todos, unirlos en una sola ca-

beza, arrancarles la infame lengua para arrojarla á los animales inmundos! ¡oh, no basta! ¡no basta nada! ¡Sufrir, siempre sufrir! ¡Ceder siempre, contentarlos á todos! Pero no se puede contentar á todos á la vez, es verdad. ¡No se pueden llenar de oro todas las fauces hambrientas! El hambre los irrita, los enloquece, el hambre infame de la avaricia y de la soberbia. ¡A mí, á la viuda de Sancho el Bravo se atreve la calumnia! ¡Y yo lo sé! ¡Y viven!

## II.

Resplandecieron de una manera singular los ojos del conde; habia en ellos ferocidad y sed de sangre.

—Matad, dijo con voz bronca, pero no mateis ahora; no mateis hasta que hayais asegurado el golpe; repetid el dia de Alfaro, pero cogiendo en mayor número los traidores; preparad ese dia en silencio; robustecéos con vuestros vasallos que pagan, que sufren, que lloran, que están desangrados, tiranizados, escarnecidos; fortalecéos agrupando á vuestro alrededor á los que tienen hambre y sed de justicia; callad entre tanto y disimulad; doblegáos, humilláos, repartid vuestro reino entre los ambiciosos; dadles lo que piden el rey de Portugal, el rey de Aragon, el de Francia; entregadles las villas y las fortalezas de la frontera de Granada, y ellos, que no defenderian vuestro reino, siendo vuestro, lo defenderán cuando sea suyo; dejadlos que crezcan y que engorden, y un dia, cuando los enemigos exteriores hayan sido puestos en respeto, convocad córtes en Valladolid, juntad á todos los traidores, y haced lo que hizo en Alfaro vuestro esposo con el infante don Juan y conmigo; tomadles las cabezas con vuestros hombres de armas, con vuestros pobres vasallos leales; recobrad lo que os hayan quitado por la fuerza, por la usurpacion ó por el amaño, y ahogad en su infame sangre la calumnia en que os han envuelto.

—¡Sangre! exclamó la reina; ¿no se ha vertido ya harta? Yo no he vertido ninguna; la sangre me espanta, he visto correr con

horror la de la guerra civil, y no he perdonado ni concesiones, ni humillaciones, ni sufrimientos, para atajar esa horrenda guerra. He sido pródiga con mis reinos; les he quitado el impuesto de la Sisa; lloraban los infelices porque no podian pagar los tributos, y en vez de pedirles un servicio de hombres y de dinero, para defender los derechos de mi hijo contra los infantes de la Cerda, para defender la patria, que querian llevarse á pedazos los aragoneses y los portugueses y los franceses y los moros; he vendido mis alhajas, nobles reliquias de mis antepasados; he empeñado á los judíos mis villas y mis castillos; me he quedado pobre; he fundado para la piedad de mis vasallos y para su salud, santuarios y hospitales; no ha habido llanto que haya llegado hasta mí, que yo no haya enjugado; no ha habido desdicha que me haya buscado, que no haya encontrado en mí consuelo; yo puedo levantar sin temor la frente al cielo, segura de que no ha de herirla el rayo de la indignacion divina; yo puedo bajar la vista á la tierra, segura de encontrarla sembrada de mis beneficios; y sin embargo se atreven. ¡No me conocen, Dios mio! ¡no me conocen! ¡Si me conocieran, rechazarían la calumnia! ¡La ahogarian!

—Vuestros buenos vasallos, los que pagan, los que sufren, los que gimen, os conocen demasiado. Sienten vuestros beneficios; os llaman doña María la Grande. Doña María la Grande os llamará la historia, señora; os llamará la madre de la patria, y la calumnia que á vos se atreve, morirá con los traidores que la propalan como su infame memoria. No os desesperéis, no desalenteis; ofreced á Dios este nuevo sufrimiento, este nuevo martirio; la infamia de vuestros enemigos no va mas allá de los muros de vuestra córte, dentro de los cuales hierven emponzoñadas y revueltas en un infame consorcio, la ambicion, la avaricia, la soberbia, la envidia, produciendo su repugnante hija la calumnia. ¡Ah! combatid, seguid combatiendo; Dios os prueba, os affige, pero os guarda la victoria. ¿No veis que vuestros enemigos se devoran, se infaman, se ensangrientan lo unos contra los otros? ¿No oís el sordo murmullo de vuestro pueblo, que dice sin cesar mirando de reojo á los traidores: Mira, mira los ladro-

nes que no se hartan nunca de nuestra sangre; míralos, míralos, cómo tragan y tragan sin hartarse nunca! ¿Y no oís el sordo rugido detrás de estas palabras de los mas, que miran amenazadores á los menos? ¿Y no oís aquí y allá, por todas partes, una voz misteriosa que grita: Reina y señora, por qué no matais á esos miserables que nos matan y que quieren mataros á vos y á vuestro hijo?

—¡Espero en Dios! ¡confío en Dios! exclamó llorando la reina. Él rescatará mi pueblo, Él me rescatará á mí: ¿cómo? no lo sé; pero estoy segura de que no prevalecerá la traicion.

### III.

El conde don Lope se levantó desalentado.

—Inútil, todo inútil, dijo; teneis horror á la sangre, y solo en sangre se ahogan las traiciones. ¡Dios os ampare! ¡Dios ampare á vuestros buenos vasallos! ¡Ay de un dia en que sobre Castilla se echen suertes, como las echaron los impíos sobre la túnica del Salvador!

—Antes el martirio que la matanza, conde don Lope, exclamó la reina; basta con la guerra que me veo obligada á mantener por la patria y por mi hijo. ¡Ah! yo me retiraria á un monasterio á vivir en paz, si mi patria, si mi hijo no me necesitasen. Yo no quiero por mí misma las grandezas del trono; el trono para mí es una esclavitud y un martirio. Cumpla mi hijo su mayor edad, vea yo asegurada en sus sienes la corona, entréguele yo los destinos de la patria, responda él á Dios de lo que hiciera, y la reina doña María no pesará mas sobre la rabia de sus enemigos.

—¡Pudiera yo evocar de la tumba al bravo, al tremendo rey don Sancho IV, exclamó con una desesperada energía el conde don Lope, y las traiciones se desvanecerian, como la niebla al sol.

—¡Callad! ¡callad, don Lope Diaz de Haro! exclamó la reina.



LA BUENA MADRE.

Madre mia, mi honra, la honra de mis hijos.

con voz opaca y concentrada; el remordimiento mató á mi desventurado esposo. Aún me parece sentir el estremecimiento de su agonía; pesaba sobre él la maldición de su padre; tenia sobre la conciencia la hirviente sangre de la guerra civil. Nos ha dejado por herencia la ambicion y la rebeldía, de que él dió el ejemplo: yo me reconozco como la víctima espiatoria de los pecados de nuestra familia, y yo no verteré sangre, no, no la verteré jamás, y lloraré siempre la que corra en una lucha que yo no provooco, por la patria y por el rey.

—Adios, señora, dijo el conde don Lope, y que Dios se apiade del reino y del rey.

Y besó la mano á la reina y salió.

La reina permaneció durante algunos momentos inmóvil y silenciosa; luego se volvió hácia su reclinitorio, sobre el cual, en un magnífico tríptico gótico, habia una imágen de Nuestra Señora de la Soledad, alumbrada por una lámpara.

Llegó al reclinitorio, se arrodilló, y con los ojos llenos de lágrimas, exclamó estendiendo los brazos hácia la Virgen:

—Santa Madre de Dios, esto es ya demasiado. Madre mia, mi honra, la honra de mis hijos. Pide á tu divino Hijo, Madre mia, me dé fuerzas para sufrir tan amarga desventura.

Y luego, dejándose caer sobre el reclinitorio, rompió á llorar desesperada.